**Pregón: El alma viva de los patios**

Santa Brígida fue, y sigue siendo, un pueblo profundamente conectado con la tierra, con las plantas, con la vida sencilla que giraba en torno al patio. Porque los patios no eran solo patios. Eran pequeños ecosistemas. Espacios vivos. Rincones donde se mezclaban los aromas, los sonidos, los colores, la sombra, el agua, los pájaros, los gatos… toda una orquesta natural en perfecto equilibrio. Eso no se cuenta, eso se siente.

Había parras que daban sombra en verano y perdían la hoja en invierno, dejando entrar el sol. Uvas dulces colgaban como pequeños milagros al alcance de la mano. Había plantas comestibles, aromáticas, medicinales. En cada patio se activaban todos los sentidos: el olor a hierbabuena, el sonido de las jaulas con pájaros, la vista de mil colores y formas. Los patios eran centros de vida: allí se trabajaba, se pelaban papas, se hacían tortillas, se cantaba, se bailaba, se reunía la familia.

Y había sabiduría. Los dueños de los patios eran verdaderos botánicos populares: sabían identificar una planta nueva, la estudiaban y la compartían. Cuando ibas a visitar un patio, casi siempre salías con una planta en la mano. Eran los viveros del momento. No existían viveros comerciales. Los recipientes eran lo de menos: se usaban latas, macetas recicladas, lo que hubiese. Lo importante era la planta, y las latas, además, aportaban minerales que fortalecían el crecimiento.

Se cultivaba la diversidad. En un solo patio podías encontrar veinte o treinta especies diferentes. Todas con nombres entrañables como “lágrima de reina”. Flores silvestres, dalias, hortensias, margaritas blancas, geranios de todos los colores, nardos, lirios, violetas, retamas, helechos antiguos que aún hoy se conservan como tesoros.

Y así llegamos a Florabrígida, una iniciativa que nació de un sueño colectivo, y que fue posible gracias al compromiso y la generosidad de los profesionales municipales. Propusimos lo que parecía un disparate… y nadie dijo que no.

Descubrimos una explanada, detrás de la Casa del Vino, donde había contenedores, y dijimos: “Aquí puede pasar algo”. Y pasó. Empezamos a integrar la vida de los patios en un espacio natural: pusimos una charca, una cascada, una zona de sombra. Y así, poco a poco, fusionamos la planta del patio con la naturaleza viva.

Había cabras, había leche repartida a diario desde una casetilla. Un día, sentadas allí, unas amigas se me acercaron:
— Merche, ¿esto se queda para siempre, verdad?
— No, dura solo 15 días.
— ¡No puede ser! ¡Vamos a recoger firmas!

Y recogieron dos mil firmas. La gente lo pedía a gritos. ¿Quién ganó? Ganó la naturaleza. Ella fue quien transmitió el mensaje.

Florabrígida se convirtió en un lugar único: un espacio donde se reunía todo el municipio. Grandes, chicos, abuelos, adolescentes, personas con discapacidad. Todos juntos. En la glorieta, los chicos del centro de atención especial montaron su puesto, vendieron comida, recaudaron fondos. Fue una fiesta colectiva. El año siguiente ya no era un solar… ¡era una finca!

Y con la finca vinieron nuevas maravillas: se hizo un alpendre, una cantonera donde el agua corría en circuito perfecto, se colocó una plataforma de madera, trajimos un piano de cola… ¡y dimos un concierto en la inauguración! Había ovejas, vacas, cabras, un rincón para cada ser vivo. Y entre todos, replantamos lo que faltaba.

Nos inspiramos también en experiencias internacionales. Como la del pueblo de Chédigny, en el valle del Loira, Francia. Un pueblo sin mayor interés, con casas antiguas y olvidadas, donde un vecino decidió plantar rosales en su fachada. Y luego otro, y otro… y hoy es el pueblo de las rosas: con 300 variedades, festivales, conciertos barrocos, repostería floral y 120.000 visitantes al año. Todo comenzó con un rosal.

O Todmorden, al norte de Manchester. Un pueblo industrial que cayó en la miseria. Hasta que dos mujeres decidieron plantar frutas y verduras en un solar abandonado, con un cartel: “Coge lo que necesites”.

Plantas en la carnicería, en la residencia de ancianos, en el centro de salud. Frutas blandas, hierbas aromáticas, medicinales. Llegaron a tener 70 huertos. Recuperaron el comercio local, fundaron una escuela agrícola, y hoy existen más de mil iniciativas similares en el mundo. Y ellos lo resumen en una frase maravillosa: “Estamos cultivando personas”.

Porque el aislamiento, la competencia feroz, el estrés moderno, se curan con naturaleza, con cooperación, con comunidad.

Por eso hoy, desde Santa Brígida, lanzo una propuesta. Vamos a crear un reservorio de plantas de patio. Vamos a recuperar nuestras variedades, nuestros nombres, nuestras memorias verdes. Que cada vecino que tenga una planta antigua, la lleve. Que la registremos, la cuidemos, la multipliquemos.

Yo seré la primera voluntaria. ¿Quién más se apunta?

Y cierro con una imagen que me encanta: en la naturaleza no hay competencia. Cada planta es feliz siendo lo que es. El perejil, contento en la tortilla. El pino, orgulloso lanzando su pinoche en la cumbre.

Y así debemos vivir nosotros: felices siendo lo que somos.

**Mercedes del Castillo Sotomayor**